



DICIEMBRE 2020

Intención de oración por la evangelización - Para una vida de oración

Recemos para que nuestra relación personal con Jesucristo se alimente de la Palabra de Dios y de una vida de oración.

TERAPIA DE ESPERANZA INTENSIVA

Cuando amamos a alguien nos gusta estar en su compañía. Deseamos conversar con esta persona, escucharla, pasar tiempo con ella, mirarla, conocer todo de su historia y no perder ningún detalle de su vida.

Con Jesús, el Amigo por excelencia, tenemos esta posibilidad, con la ventaja de que Él está siempre a nuestro lado. Nuestros sentidos no lo perciben como a cualquier amigo, pero no por ello está ausente. ¿Cómo abrazarlo? ¿Cómo verlo y tocarlo? ¿Cómo sentirlo a nuestro lado, caminando conmigo? Es aquí donde viene en auxilio nuestro la Palabra de Dios, que toca directo el corazón con una fuerza que reconforta, alivia y acaricia el alma más profundamente que cualquier encuentro que tengamos con la persona más amada.

Me gusta poner como ejemplo el pasaje de los discípulos de Emaús en Lucas 24. Porque es la que más se acerca a nuestra experiencia cotidiana, cuya alegría es tan vulnerable que se nos escurre entre los dedos. Todo gozo terreno está amenazado por su pérdida, no sabemos cuánto puede durar y esto nos atenaza internamente. Es aquí que la Palabra nos sale al paso, se acerca, camina con nuestras desventuras, nos escucha, se interesa por nuestras desdichas, despierta nuestra memoria dormida, nos da una luz que enciende de nuevo la esperanza y nos relanza a la Vida. En Evangelii Gaudium, el Papa nos acerca esta reflexión sobre este pasaje del evangelio:

“Imaginemos la escena: dos hombres caminando decepcionados, tristes, convencidos de dejar a sus espaldas la amargura de una historia mal terminada. Antes de esa Pascua estaban llenos de entusiasmo: convencidos de que esos días serían decisivos para sus expectativas y para la esperanza de todo el pueblo. Jesús, al cual habían confiado su vida, parecía finalmente llegado a la batalla decisiva: entonces habría manifestado su poder, después de un largo periodo de preparación y de esconderse. Esto era lo que ellos esperaban. Y no fue así... Los dos peregrinos cultivaban una esperanza solamente humana, que entonces se hacía pedazos.

*El encuentro de Jesús con esos dos discípulos parece ser del todo casual: se parece a uno de los tantos cruces que suceden en la vida. Los dos discípulos caminan pensativos y un desconocido se les une. Es Jesús; pero sus ojos no están en grado de reconocerlo. Y entonces **Jesús comienza su “terapia de la esperanza”**. Y esto que sucede en este camino es una terapia de la esperanza. ¿Quién lo hace? Jesús.*

Sobre todo pregunta y escucha: nuestro Dios no es un Dios entrometido. Aunque si conoce ya el motivo de la desilusión de estos dos, les deja a ellos el tiempo para poder examinar en profundidad la amargura que los ha envuelto. El resultado es una confesión que es un estribillo de la existencia humana: «Nosotros esperábamos, pero Nosotros esperábamos, pero...» (v. 21). ¡Cuántas tristezas, cuántas derrotas, cuántos fracasos existen en la vida de cada persona! En el fondo somos todos un poco como estos dos discípulos. Cuántas veces en la vida hemos esperado, cuántas veces nos hemos sentido a un paso de la felicidad, y luego nos hemos encontrado por los suelos decepcionados. Pero Jesús camina: Jesús camina con todas las personas desconsoladas que proceden con la cabeza agachada. Y caminando con ellos, de manera discreta, logra dar esperanza.

Jesús les habla sobre todo a través de las Escrituras. Quien toma en la mano el libro de Dios no encontrará historias de heroísmo fácil, tempestivas campañas de conquista. La verdadera esperanza no es jamás a poco precio: pasa siempre a través de la derrota. La esperanza de quien no sufre tal vez no es ni siquiera eso. A Dios no le gusta ser amado como se amaría a un líder que conduce a la victoria a su pueblo aplastando en la sangre a sus adversarios. Nuestro Dios es un farol suave que arde en un día frío y con viento, y por cuanto parezca frágil su presencia en este mundo, Él ha escogido el lugar que todos despreciamos.

Todos nosotros, en nuestra vida, hemos tenido momentos difíciles, oscuros; momentos en los cuales caminábamos tristes, pensativos, sin horizonte, sólo con un muro delante. Y Jesús siempre está junto a nosotros para darnos esperanza, para encender nuestro corazón y decir: “Ve adelante, yo estoy contigo. Ve adelante”

El secreto del camino que conduce a Emaús es todo esto: también a través de las apariencias contrarias, nosotros continuamos siendo amados, y Dios no dejará jamás de querernos mucho. Dios caminará con nosotros siempre, siempre, incluso en los momentos más dolorosos, también en los momentos más feos, también en los momentos de la derrota: ahí está el Señor. Y esta es nuestra esperanza: vayamos adelante con esta esperanza, porque Él está junto a nosotros caminando con nosotros. Siempre”. (Francisco 24 de mayo de 2017)

Jesús es Palabra del Padre para cada uno y la Palabra es Jesús a nuestro lado. La Palabra no es un libro muerto, la Palabra es Dios con nosotros que nos reconforta, más íntimo a nosotros que nosotros mismos. Cuando leemos el evangelio Jesús está con nosotros y lo mismo que hizo con los de Emaús hace con nosotros. Leer la Palabra es hablar con Él, escucharle, permitirle que nos reconforte el alma. Él acaricia las heridas cuando con su Luz ilumina los acontecimientos de nuestra vida y nos muestra por dónde tenemos que ir. Y como dijo el Papa, el camino que muestra es angosto, pero el único que lleva a dónde queremos ir: a la felicidad sin ocaso.

Este mes estamos invitados a encontrarnos con el amado en su Palabra que se hace diálogo en la oración. Y la oración a su vez se hace vida que contagia vida, esperanza que abraza a otros.

Francisco nos deja algunas pautas de cómo poder abordar sencillamente la Palabra escrita

“En la presencia de Dios, en una lectura reposada del texto, es bueno preguntar, por ejemplo: «Señor, ¿qué me dice a mí este texto? ¿Qué quieres cambiar de mi vida con este mensaje? ¿Qué me molesta en este texto? ¿Por qué esto no me interesa?», o bien: « ¿Qué me agrada? ¿Qué me estimula de esta Palabra? ¿Qué me atrae? ¿Por qué me atrae?». Cuando uno intenta escuchar al Señor, suele tener tentaciones. Una de ellas es simplemente sentirse molesto o abrumado y cerrarse; otra tentación muy común es comenzar a pensar lo que el texto dice a otros, para evitar aplicarlo a la propia vida. También sucede que uno comienza a buscar excusas que le permitan diluir el mensaje específico de un texto. Otras veces pensamos que Dios nos exige una decisión demasiado grande, que no estamos todavía en condiciones de tomar. Esto lleva a muchas personas a perder el gozo en su encuentro con la Palabra, pero sería olvidar que nadie es más paciente que el Padre Dios, que nadie comprende y espera como Él. Invita siempre a dar un paso más, pero no exige una respuesta plena si todavía no hemos recorrido el camino que la hace posible. Simplemente quiere que miremos con sinceridad la propia existencia y la presentemos sin mentiras ante sus ojos, que estemos dispuestos a seguir creciendo, y que le pidamos a Él lo que todavía no podemos lograr”. EG 153

¿Te animas a vivir el desafío de este mes, dejando que la Palabra te encuentre y haga camino contigo?